

Capítulo I

Alberto dispuso que se otorgara una ayuda especial para los damnificados por la inundación, que había dejado a cientos de familias sin hogar.

Fue, sin duda, una dura prueba para los dieciséis años de edad y uno de gobierno del joven Príncipe. A la muerte de su padre, Osvaldo, había tenido que asumir el mando del reino de Valle Fértil, sin que pudiera ostentar el título de Rey, hasta cumplir los dieciocho años; tal como lo estipulaban las leyes de aquel pequeño territorio.

Le dolía mucho contemplar los campos, antes peinados de surcos paralelos, sembrados con todo tipo de semillas; plagados ahora del lodo informe que deshizo, con violencia, todo el trabajo de los labradores.

El Abuelo Invierno ya se retiraba, escoltado por siete alguaciles, ante la mirada entre triste y rencorosa de los pobladores; mientras murmuraba en voz baja:

— ¡Tanto barullo por un poco de agua!

Nadie se atrevía a levantarle la mano. Ni siquiera a tratarlo con dureza. Existía un antiguo edicto que prohibía interferir con las fuerzas de la naturaleza; el que lo hiciese sería desterrado para siempre.

Sin embargo, al verse golpeados como nunca antes, los afectados reaccionaron de maneras muy diversas. Así es que, mientras algunos agradecían el pronto auxilio recibido de parte del Príncipe, hubo otros que se pusieron de acuerdo para confabular en contra suya.

Capítulo II

— Aún no es Rey, dijo Seyano, y mientras no lo sea existe la posibilidad de reclamar en su contra, para que lo destituyan.

— Para eso tendría que faltar a sus deberes, y hasta ahora no lo ha hecho — replicó Livilo.

— Sin embargo, gran parte del pueblo está resentido en contra suya, porque no quiso obligar al Abuelo Invierno a retirarse de nuestro territorio, para evitar que los daños aumentasen — añadió el primero, con una sonrisa maliciosa en los labios.

Ambos eran miembros de una de las familias más importantes; pero habían heredado de su padre, Eustaquio, todo el rencor que éste guardaba en contra del Monarca anterior, el padre de Alberto. Muchos años atrás, Osvaldo había obligado a Eustaquio a disculparse, en público, ante uno de los pobladores más humildes; al

cual había despojado injustamente de lo poco que tenía.

Así es como, aunque sentían algo de temor, por cuanto sabían que por todas partes había partidarios acérrimos del joven aspirante al Cetro de Mando; Seyano y Livilo se dejaron llevar por sus oscuros sentimientos, y lograron reunir el apoyo de unos pocos, para acusar a Alberto ante el Honorable Tribunal de Ancianos, que tendría que decidir sobre su futuro.

Capítulo III

A pesar de que el Tribunal se pronunció en su favor, el Príncipe se sintió muy triste, al saber que algunos de sus súbditos lo acusaban de forma tan injusta.

Pero pronto se consoló, al ver como los jardines del palacio se llenaron de fragancias y sonidos agradables, tras el ingreso al reino de la Señorita Primavera.

Su presencia siempre había sido motivo de alegría para muchos; en especial para los más jóvenes. Sin embargo, por primera vez Alberto comenzó a mirarla de un modo diferente.

Se quedaba extasiado contemplándola desde los balcones del palacio, para lo cual se levantaba muy temprano. Ella corría, graciosa entre las flores, enjugando sus largos y suaves cabellos en los pétalos húmedos de rocío. Su delicada y hermosa figura iba y venía inquieta en medio de los colores, que formaban un escenario maravilloso, digno de aquella dama incomparable. De vez en cuando, al darse cuenta de que era observada, le dirigía una furtiva y coqueta sonrisa al Príncipe; y luego seguía con sus juegos, como si nada especial hubiese ocurrido.

Lo que Alberto no sabía era que su madre, la Reina Elena, se pasaba mucho tiempo observándolo, desde la ventana de su habitación. Ultimamente la embargaba una creciente preocupación por la actitud asumida por su hijo, a partir de las recientes inundaciones. Pero no había querido reprocharle nada hasta ahora, porque lo amaba mucho, y temía causarle inquietudes mayores.

Capítulo IV

Rodrigo y Francisco eran dos jóvenes de la misma edad de Alberto, junto al cual crecieron, compartiendo sus juegos y sus estudios. Tan amigos eran, que el Príncipe los nombró sus Consejeros personales.

Ahora ellos también estaban preocupados por Alberto, al cual habían visto languidecer junto con la partida de la Señorita Primavera. Tanto fue su pesar, que llegó a estar postrado en su lecho por varias semanas, mientras el reino se llenaba de rumores; difundidos en especial por Seyano y Livilo, junto a sus seguidores.

Elena, entretanto, se lo pasaba a su lado durante largas y agotadoras jornadas de cuidado, en las que lo cubría de caricias y atenciones, apoyada por sus doncellas de más confianza. Oraba a veces en susurros, entre gemidos y lágrimas; y se quejaba de que siendo su hijo único tan niño aún, hubiese tenido que asumir la tremenda responsabilidad de aquel gobierno. Pero también amaba al pueblo de Valle Fértil; y sabía que si Alberto no llegaba a ser Rey, aquella gente podría quedar a merced de mezquinos intereses.

Rodrigo y Francisco le daban aliento, tratando de alegrarla; y sólo cuando ellos estaban presentes Elena se iba a descansar. Fue en medio de esas dolorosas vigili­as, cuando ambos muchachos se propusieron ayudar al Príncipe a recuperar su vigor con lo que fuera.

Capítulo V

Durante el resto del verano la situación pareció volver a la normalidad, pero al llegar el Otoño renacieron los temores y las intrigas.

Seyano y Livilo urdieron un siniestro plan para hacer caer al Príncipe en una falta que les permitiese acusarlo con éxito.

Uno a uno, convencieron a varios personajes del pueblo, para que le solicitaran que impidiese la entrada del Abuelo Invierno en ese año. Le dijeron que tenían agua y nieve más que suficientes; y, si llovía de nuevo como en el año anterior, la catástrofe sería inmensa.

Ante este cuadro de ansiedades, Alberto comenzó a dudar, y se tomó un tiempo para pensarlo. Enseguida llamó a sus Consejeros para pedirles su opinión.

Aunque ellos compartían el temor del Príncipe, por el hecho de quebrantar una tradición tan antigua; el afán de verle feliz les impulsó a declarar, luego de haber deliberado:

— Creemos que resulta conveniente acceder, ya que así podrías aumentar tu popularidad.— Comenzó Rodrigo.

— Los prados florecerán antes, y podrás disfrutar por más tiempo de la presencia de la Señorita Primavera.— Agregó Francisco.

Ante tales argumentos, el rostro de Alberto se iluminó, y acabó imponiendo la prohibición solicitada.

Capítulo VI

Justo el día en que el Abuelo Invierno debía llegar, una multitud expectante se reunió ante las puertas del reino. Para ellos, lo que sucedería era una gran novedad, y no terminaban de ponerse de acuerdo sobre lo positivo o negativo de sus consecuencias.

Al llegar el venerable anciano, se produjo un gran silencio, en el momento en que los alguaciles se interpusieron en su camino.

— No puede pasar, por orden del Príncipe — le dijeron, tratando de no ser demasiado bruscos.

El Abuelo pareció no escuchar, y luego de retroceder unos pasos, avanzó nuevamente hacia el interior, mientras vociferaba con molestia:

— ¡A un lado jovencitos, miren que no estoy dispuesto a perder mi tiempo!
Esta vez los soldados fueron más rudos, cruzando sus lanzas frente a él.

— Pero ... ¿qué es todo esto? — exclamó el Abuelo, con su piel enrojecida por la ira que lo invadía.

Finalmente, al ver que los alguaciles no cedían, levantó su mano derecha, a la vez que amenazaba:

— ¡Se arrepentirán!

Luego dio media vuelta, y se alejó ... hasta perderse en la distancia.

Capítulo VII

A partir de ese día, y durante tres meses, todo se tornó extrañamente sombrío. El cielo se tiñó de color ocre, no hubo lluvia ni la más leve brisa. No hizo frío ni calor, y los habitantes de Valle Fértil se llenaron de inquietud ante esa situación tan extraña.

Transcurrido ese periodo, todos especulaban acerca de qué iba a pasar cuando llegara la Señorita Primavera. Apenas ella traspuso las puertas del reino, que amablemente abrieron los guardias a su paso, el cielo recuperó su color normal y el ambiente se llenó de tibias brisas.

Nuevamente, el Príncipe se instaló en el balcón del palacio por las mañanas, para contemplar a la hermosa joven. Sin embargo, su entusiasmo ya no era el mismo. En su conciencia pesaba la intromisión cometida sobre el ciclo de las estaciones.

Reflexionaba sobre eso cuando, al pasear su mirada por los muros, divisó a su

madre a través de una de las ventanas. Sólo entonces reparó en que por mucho tiempo se había olvidado de ella, y decidió llevarle algunas flores del jardín para demostrarle su afecto.

Luego de cortar un manojo, quiso olerlas para escoger las más fragantes. Con mucho asombro, se percató de que no había en ellas aroma alguno.

Capítulo VIII

— Yo también lo había notado — le dijo su madre — pero tenía la esperanza de que sólo ocurriese con algunas.

En ese momento, un fuerte murmullo de voces les hizo mirar hacia el jardín principal. Pudieron ver, a lo lejos, como algunas mujeres rodeaban a la Señorita Primavera, y gesticulaban frente a ella.

Alberto bajó rápidamente, para escuchar mejor lo que decían. La muchacha había sido arrinconada dentro de la fuente, que en ese instante estaba seca; debido a la escasez de lluvias.

— ¡Yo no tengo la culpa de que eso ocurra! — exclamó la muchacha, con lágrimas en los ojos.

Alberto adivinó que todo el asunto se refería a las flores sin olor, ya que había muchas de ellas destrozadas a los pies de la compungida mujer que él había admirado tanto. Entonces gritó, lleno de ira:

— ¿Por qué torturan así a quién sólo nos ha causado beneficios y alegrías? ... ¡No tienen derecho a faltarle el respeto! ... ¡Aléjense de aquí!

Las mujeres, asustadas ante la inusual conducta del Príncipe, comenzaron a alejarse en silencio. Pero una de ellas se atrevió a murmurar entre dientes:

— ¿Y cómo él ... mandó al Abuelo Invierno a quién sabe dónde?

Capítulo IX

Al quedar a solas con la Primavera, Alberto comprendió que en realidad él mismo era culpable de lo que estaba pasando. Le contó lo sucedido y suplicó su perdón entre sollozos.

Y aunque ella le dijo que no le guardaba rencor, no cesó de llorar durante todo el día y la noche; y siguió haciéndolo por muchos días más, a tal punto que la

fuelle fue llenándose poco a poco con sus lágrimas.

Al verla inconsolable, los habitantes del reino fueron entristeciéndose más cada día; y muchos de ellos terminaron llorando de igual forma. Cuando por fin la muchacha se fue, para dar paso al Verano; la amargura cundió más aún, al comprobar que los productos vegetales tampoco tenían sabor.

Por su parte, Rodrigo y Francisco — sintiéndose culpables — trataban de discurrir algún medio para poner fin a tanto mal. Hasta que una mañana, Francisco sugirió al Príncipe:

— ¿Por qué no recurrimos a Teobaldo, el antiguo Consejero de tu padre?

— ¡Sí, él es muy sabio, y podría darnos la solución! — añadió Rodrigo, con vehemencia.

Capítulo X

Fue así como los tres se presentaron ante el anciano, que los escuchó con paciencia infinita.

Alberto tomó la palabra, para decir:

— Admito que soy demasiado joven e inexperto para gobernar, y que cometí un gran error al no considerarte entre mis Consejeros. Pero quise que descansaras, y tuvieras una vejez digna y llena de cuidados. He procurado que nada te falte, pero olvidé que la edad no quita, sino más bien añade sabiduría a los hombres. Ahora me avergüenzo, por acudir a ti en este momento de aflicción, cuando ya no sé qué hacer; y te ruego que, por amor al recuerdo de mi padre, no me niegues tu consejo.

Rodrigo y Francisco permanecían cabizbajos, sin atreverse a decir nada. Su vergüenza era mayor aún que la del Príncipe.

Teobaldo interrumpió las palabras de este último, para declararles con gran ternura:

— Conozco bien el asunto por el cual me han visitado, y me causa gran alegría el escucharles ... Acerquense hijos míos, para abrazarlos como lo hice tantas veces cuando eran apenas unos pequeñines, y me dejaban compartir sus juegos inocentes. No se culpen demasiado por lo ocurrido. Cometer errores siempre causa dolor, pero todas las heridas cicatrizan con el arrepentimiento y el perdón.

Unos instantes de respiración agitada conmovieron el silencio de la sala. Luego el anciano prosiguió hablando con suavidad, dirigiéndose a Alberto:

— Osvaldo, tu padre, y yo, también nos equivocamos muchas veces, como cualquier otro ser humano. En este caso tú olvidaste que, a pesar de tener la investidura de Príncipe y poseer el poder que tal título te confiere, estás sujeto a

leyes superiores, como todos los mortales. No es otro semejante a ti quien puede perdonarte y absolverte, sino Dios, a quien has ofendido con tu proceder.

Los muchachos escucharon a Teobaldo con sumo recogimiento, y se dispusieron poner en práctica todo lo que él les sugirió.

Capítulo XI

A la mañana siguiente, Alberto citó a todos los habitantes del reino a una reunión de gran importancia. Una vez que estuvo frente a ellos, les dijo:

— He cometido una grave falta, al prohibir la entrada al Abuelo Invierno. Lo hice para evitar desgracias, y hemos ido de mal en peor. Ya que muchos de ustedes estuvieron de acuerdo en esto, les he convocado para que me acompañen en una plegaria de perdón a Dios; único eterno Soberano de todos los hombres, y quien ha puesto cada cosa en su lugar sobre la faz de la tierra.

Luego de implorar arrodillados, tomó la palabra Teobaldo, al cual todos conocían y respetaban:

— Necesitamos voluntarios, para que acudan al encuentro del Invierno, y se aseguren de que vendrá en la próxima temporada. En caso contrario, no tendremos agua suficiente para nuestra sobrevivencia.

Muchas manos se levantaron ofreciéndose, pero Rodrigo y Francisco se abalanzaron sobre los pies del anciano; y aferrándose con fuerza a sus vestidos, suplicaron:

— Envíanos a nosotros, para tener la oportunidad de reparar en parte el daño que hicimos al dar un mal consejo a nuestro Príncipe.

Ante tal insistencia y sinceridad, Teobaldo accedió, y les encomendó la delicada misión.

Profundamente conmovido, Alberto encargó a cinco alguaciles que protegieran a sus amigos, sabiendo que deberían recorrer largas distancias y afrontar peligros desconocidos. Además, les proporcionó su propio carruaje, tirado por doce briosos corceles. Al fin emprendieron el viaje, siendo vitoreados por millares de personas, que pusieron sobre los hombros de aquellos jóvenes todas sus esperanzas.

Capítulo XII

Mientras todo esto ocurría, Seyano y Livilo — que no habían asistido a la reunión con los demás — observaron desde lejos lo que sucedía, y se dispusieron a impedir que los Consejeros alcanzaran su objetivo.

Rápidamente se adelantaron a ellos por un atajo, y luego escalaron uno de los cerros que bordeaban el camino por el cual debía pasar el carruaje real. Su idea era arrojar sobre él grandes peñascos, para destrozarlo completamente.

Sin embargo, cuando iban en la mitad de su ascenso, la tierra tembló bajo sus pies; y una avalancha los arrastró hacia el lado opuesto al camino, donde quedaron aplastados, olvidados y desterrados para siempre.

Capítulo XIII

Rodrigo y Francisco no conocían bien el camino que debían tomar. Sólo sabían que su destino se encontraba en el otro extremo de la tierra, y que les tomaría bastante tiempo llegar hasta allí.

Cada vez que se encontraban con un territorio poblado, anunciaban:

— Venimos en nombre de Dios y de Alberto, Príncipe del reino de Valle Fértil, hijo de Osvaldo, el Bondadoso y Justo.

Con esto bastaba normalmente para obtener la bienvenida, y poder continuar tras su objetivo; ya que el padre de Alberto había obtenido un excelente prestigio en el pasado. En algunas ocasiones debían quedarse un par de días, hospedados por el gobernante del lugar, para no ofenderle ni despertar sospechas; pero pronto continuaban su camino.

En cierta oportunidad, tras haberse presentado a los centinelas del reino del Sol Radiante — llamado así porque el astro brillaba con intensidad allí durante gran parte del año — fueron rápidamente rodeados por decenas de soldados. Quien los dirigía exclamó con desprecio:

— ¡Son enemigos de nuestro Rey!

Sin mayores explicaciones, fueron bruscamente conducidos a los calabozos, que se ubicaban en el subterráneo del castillo real. Muy tristes se sintieron todos al verse privados de su libertad, ya que no podrían cumplir su misión; a menos que ocurriese un verdadero milagro.

Capítulo XIV

Pocas horas después de ser apresados, con sorpresa y temor observaron que la puerta se abría. En el umbral apareció una mujer joven, de aspecto bello y refinado. Con voz ansiosa, les hizo señas para que permaneciesen en silencio y se presentó:

— Soy Cecilia, la hija menor de Felipe, verdadero Rey del reino del Sol Radiante. Ambrosio, uno de sus oficiales, se rebeló contra él hace un año, usurpó su trono y lo encarceló junto a muchos de sus leales. Una vez que pudo adueñarse del tesoro real, contrató mercenarios extranjeros y se apoderó de nuestro territorio. Yo estoy libre sólo porque me ha obligado a prometerle que me casaré con él, para que no asesine a mi padre.

— ¿Es él quien nos tiene aquí? — interrumpió Francisco, lleno de ira y tratando de controlar la intensidad de su voz todo lo que pudo.

— ¡Así es! — continuó la joven.— Bien sabido es que mi padre y el Rey Osvaldo fueron muy amigos en su juventud. Por esa razón Ambrosio les ha tratado a ustedes como enemigos. Pero ahora deseo proponerles un trato: poseo copia de todas las llaves del castillo, y les liberaré si me prometen que regresarán para restaurar el trono de mi padre.

— ¡Lo prometemos! — respondieron los Consejeros, sabiendo que no les quedaba otra opción. Muy contenta, Cecilia les indicó:

— Sus alguaciles deberán quedarse para garantizar que cumplirán su promesa. Vístanse pronto con estas ropas que traje, para que puedan salir disfrazados junto a mí. Les entregaré las llaves para que las usen cuando sea necesario.

Así lo hicieron los muchachos y, recorriendo pasillos secretos que sólo el Rey Felipe y sus hijos conocían, pudieron escapar por debajo de los muros del castillo.

Capítulo XV

Luego de abandonar el reino, decidieron ir en busca del Abuelo Invierno, en primer lugar. Habían tardado dos meses en llegar hasta allí, y sabían que Alberto poco o nada podría hacer por el Rey Felipe, mientras no resolviera los problemas de su propio pueblo. Debían apurarse al máximo, para regresar antes de que el mal fuese mayor.

Pero el desencanto nuevamente les invadió, cuando se encontraron frente al mar, que cortaba su camino. Amargados y cansados, se sentaron a pensar sobre la arena. Fabricar una balsa les tomaría mucho tiempo y no tenían las herramientas adecuadas.

En eso estaban, cuando Rodrigo elevó sus ojos al cielo, implorando una salida. De pronto gritó, alborozado:

— ¡Mira esa bandada de golondrinas gigantes que se acerca!

— ¡La Señorita Primavera! — exclamó a su vez Francisco; mientras ambos hacían gestos para ser vistos.

Efectivamente, reclinada sobre el ave que comandaba el grupo se divisaba la muchacha; la que, al escuchar los gritos, giró en su vuelo y preguntó:

— ¿Quiénes son ustedes y qué desean de mí?

— Somos los Consejeros del Príncipe Alberto, de Valle Fértil, y necesitamos tu ayuda.

Al escucharlos, la joven decidió aterrizar y escuchó pacientemente su relato. Luego, profundamente conmovida, les dijo:

— El Abuelo y yo siempre nos cruzamos, ya que cuando él se va de algún lugar, yo recién estoy llegando. Súbanse sobre mis amigas, y los llevaré hasta él.

Así lo hicieron los jóvenes, sintiendo que su esperanza renacía.

Capítulo XVI

Tal como lo había dicho la muchacha, el Abuelo venía saliendo del reino del Extremo Lejano, hacia el cual ella se dirigía. Se saludaron afectuosamente; luego el anciano preguntó:

— ¿Son éstos los jóvenes que me llevarán al reino de Valle Fértil? ¿Y dónde está su carruaje?

Rodrigo y Francisco permanecieron atónitos. Realmente no sabían qué decir. Al notar su asombro, el Abuelo prosiguió:

— Yo no pensaba ir hasta allá; pero un ángel me visitó anoche, y me dijo que ustedes vendrían por mí, sobre un carruaje real ... ¿Me pueden decir dónde se encuentra?

— ¡Oh ... está algo lejos de aquí! — se atrevió a contestar Rodrigo, con voz temblorosa. Pero nosotros lo podemos guiar hasta él.

— ¡Está bien! — confirmó el Abuelo.— Hoy amanecí de buen ánimo, y tengo deseos de caminar.

Felices emprendieron su ruta los tres, pero tras sólo unas horas de camino, el anciano se quejó:

— ¡Ay! ... Parece que me torcí un tobillo, y ya no podré seguir.

Ante tal contrariedad, los Consejeros no vacilaron en turnarse para cargarlo sobre sus espaldas. Ya no podían perder más tiempo.

Obsesionados por cumplir su misión, casi habían olvidado que nuevamente debían cruzar el mar. Sin embargo, al llegar a la playa, el Abuelo silbó con estridencia. A su llamado acudió una ballena azul, sobre la cual montaron todos rápidamente. El gran pez los condujo hasta la otra orilla, y pronto estuvieron otra vez frente al reino del Sol Radiante.

Capítulo XVII

Allí, los muchachos contaron al Abuelo todo lo que les había sucedido.

— Ustedes han sido amables conmigo. Tengo una idea que puede ayudarlos, sin emplear demasiado tiempo. Tomen sus disfraces, y llévenme hasta los muros del castillo.

Cuando estuvieron allí, les indicó:

— Entren por el mismo pasaje por el cual salieron antes, y liberen a los cautivos. Yo me preocuparé de que no los vean al salir.

Enseguida sopló con gélido aliento, provocando una densa niebla que cubrió todo el territorio. Rodrigo y Francisco entendieron el plan, y se apresuraron a abrir las celdas, incluyendo la del Rey Felipe.

Una a una fueron cogiendo las antorchas que colgaban de los muros, a su paso, repartiéndolas entre ellos para no tropezar; ya que la niebla se esparcía cada vez más, llegando hasta los últimos rincones.

Fácil les fue derrotar a sus adversarios, los que al verles, creyendo que eran fantasmas, huían despavoridos. Luego tropezaban con diversos obstáculos o chocaban entre sí, agredándose entre ellos mismos, hasta caer extenuados o heridos.

Los guardias leales al Rey, bien armados ahora, atacaron por sorpresa a los mercenarios que aún estaban en pie, hasta vencerlos completamente. Al ver esto, todos los habitantes cantaron y danzaron de júbilo, puesto que Ambrosio había sido un Monarca prepotente y despiadado.

Capítulo XVIII

Después de compartir las primeras celebraciones, Francisco y Rodrigo debieron partir. El Rey Felipe, a quien habían revelado sus razones, les dijo al despedirlos:

— Mi alegría es inmensa gracias a ustedes, y lamento que tengan que irse tan pronto. Deseo que Dios les cubra de bendiciones, y que vuelvan a visitarnos lo antes posible. Me gustaría acompañarlos, para agradecer también al Príncipe Alberto y a su madre, a quienes hace años que no veo; pero aún debo resolver ciertos asuntos. En lugar de eso, enviaré a mi hija Cecilia para que les represente mi gratitud y mi cariño.

Así fue como reiniciaron nuevamente su camino los jóvenes, junto al Abuelo Invierno, contentos y preocupados a la vez; ya que difícilmente podrían llegar a su tierra a fines de Otoño.

Capítulo XIX

En el reino de Valle Fértil, mientras tanto, la situación se hacía cada vez más difícil. El cielo nuevamente se había teñido de ocre, y el agua escaseaba cada vez más.

Pensando en esto, con gran tristeza, estaba el Príncipe una mañana; mientras recorría los descoloridos jardines de su palacio. Al toparse con la fuente central, se quedó observando el líquido cristalino dentro de ella, que había brotado de los ojos de la Señorita Primavera. Le extrañó, de pronto, que no se hubiera secado después de tanto tiempo.

Introdujo su mano en la fuente, para llevársela luego a la boca. Apenas su lengua tocó el líquido, sintió que lo invadía una agradable sensación de serenidad y vibrante energía. Estremecido por el hallazgo, sacudió su mano junto a un árbol, que sólo conservaba unas pocas hojas amarillentas. De inmediato el vegetal pareció rejuvenecer, y sus hojas reverdecieron. Llamó entonces a su madre; la que comprobó, con gran emoción, el increíble fenómeno.

Luego llamó a los alfareros del reino y les ordenó que fabricaran muchos cántaros pequeños. Más tarde los entregaron, uno por uno, al representante de cada familia; mientras les encargaban:

— Cuiden mucho este precioso líquido, ya que es lo último que tenemos para sobrevivir. Utilícenlo gota a gota, para ustedes, sus animales y sus plantas; y les

rendirá por varias semanas.

Aunque estaba feliz por haber descubierto esta nueva alternativa de salvación para su pueblo, Alberto no podía dejar de preocuparse al ver que sus Consejeros tardaban tanto en volver.

Capítulo XX

— ¡Se acerca un carruaje!— sonó la voz de un vigía desde una de las torres ubicadas junto a las puertas del reino.

— ¡Son ellos! — gritó otro, minutos más tarde, con gran alegría.

Un mensajero se apresuró a dar a conocer al Príncipe la buena noticia, encontrándose con éste a medio camino; pues las voces se desplazaron más velozmente que los pies.

Los residentes se atropellaban por encaramarse donde fuese para comprobar con sus propios ojos la veracidad del anuncio; hasta que al fin el carruaje se internó en el sendero principal, en medio de la multitud que ya desfallecía de impaciencia. Se detuvo justo frente al joven gobernante, y de él bajaron Rodrigo y Francisco. Luego de avanzar unos pasos, le dijeron, inclinándose con gran respeto:

— Hemos cumplido la misión que nos encomendaste, amado Príncipe.

— Hemos traído al Abuelo Invierno con nosotros.

En ese momento bajaron del vehículo cuatro alguaciles, llevando sobre sus hombros una litera sobre la cual venía sentado el anciano. De inmediato el cielo recuperó su tonalidad azul, y el aire se llenó de indescriptibles expresiones de júbilo y alabanzas hacia los héroes recién llegados.

Emocionado hasta derramar lágrimas, Alberto se acercó al anciano y lo abrazó, al tiempo en que le pedía perdón por haberle ofendido tan gravemente. Este sólo se limitó a bromear:

— Me tomé unas vacaciones ... pero ahora debo cumplir con mi deber una vez más.

Bajo las nubes, que poco a poco se extendieron sobre ellos, Rodrigo intervino nuevamente:

— También ha venido con nosotros la Princesa Cecilia, hija del Rey Felipe, quien gobierna sobre el reino del Sol Radiante.

Enseguida el quinto alguacil ayudó a la muchacha a bajar del carruaje, ante la admiración de los presentes. Esta vez fue la Reina Elena la que se abalanzó sobre ella, en un abrazo conmovido:

— ¡Cuánto tiempo hace que no te veía, pequeña! ¡Cómo has crecido en estos

años!

Luego todo se unieron en una celebración espontánea, cuando ya caían las primeras gotas de lluvia.

Capítulo XXI

Una semana antes de que cumpliera dieciocho años, el Honorable Tribunal de Ancianos sentenció que el joven Príncipe se convertiría en el nuevo Rey de Valle Fértil. Desde entonces comenzaron los preparativos para la coronación, que se realizaría tres días antes de que finalizara el Invierno.

Mientras tanto, la Princesa Cecilia, considerada huésped de honor, se había ganado el afecto de Alberto en poco tiempo. Todas las tardes ambos conversaban animadamente, mientras paseaban por los jardines del palacio. La Reina se puso muy contenta al ver que su hijo dejaba atrás la melancolía del pasado, e invitó a los padres de la muchacha a la ceremonia que se iba a realizar el día en que el joven asumiera su nueva investidura.

Fueron muchos los gobernantes que se juntaron para presenciar el gran suceso. A Teobaldo le correspondió protagonizar el momento cumbre:

— ¡En nombre de Dios y de nuestro pueblo ... de acuerdo a nuestras leyes ... y ante el Honorable Tribunal, te designo como Rey de Valle Fértil!

— ¡Larga vida al Rey! — sonaron las voces al unísono.

Justo en el momento en que se oía la música en su máximo esplendor, muchas voces se elevaron, mientras los índices apuntaban hacia el cielo:

— ¡Miren!

En medio de las nubes, que dejaban caer una suave llovizna, se deslizaron algunos rayos de sol, engendrando un hermoso arco iris.

— ¡Es buena señal! — dijo Teobaldo. Nos servirá para recordar este hermoso momento que Dios nos ha concedido, después de la aflicción del pasado.

En ese instante un murmullo creciente se apoderó de la multitud; que comenzó a abrirse frente al proscenio donde se había realizado la coronación, formando un sendero en su mitad. Caminando con la misma gracia de siempre, apareció desde el fondo la Señorita Primavera. Luego de subir los escalones, en medio de un profundo silencio, declaró:

— No pude resistir la tentación de ingresar al reino antes de tiempo, para compartir con ustedes este feliz momento.

Al advertir la inquietud de Alberto, se dirigió hacia donde estaba Cecilia, y tomando su mano derecha la atrajo hacia donde estaba el Príncipe, al cual dijo:

— Estoy dichosa de poder realizar la función que Dios me encomendó desde el principio. No puedo pertenecer a hombre alguno, pero soy capaz de comprender bien los sentimientos que unen a las parejas.

Luego, cruzando las manos de ambos jóvenes, terminó diciendo:

— ¡Alberto ... he aquí tu Reina! ¡Cecilia ... he aquí tu Rey!

Y como a todos pareciera bien esta unión, el mismo día celebraron su boda; poniendo fin a esta historia que, hasta el día de hoy, cuentan los abuelos orgullosos a sus nietos, como una hermosa lección que jamás deben olvidar.

=== FIN ===